



Texto para meditar
«Cargad con mi yugo
y llegad a ser mis discípulos»

Por la humildad vivimos con Dios y Dios vive con nosotros. En ella se encuentra el fundamento vivo de la santidad. Se puede comparar a una fuente de donde surgen cuatro ríos de virtudes y de vida eterna (Gn 2,10). El

primer río que brota de un suelo realmente humilde es la *obediencia*. Por ella el oído se hace humilde para escuchar la verdad de vida que brota de la sabiduría de Dios, mientras que las manos se disponen a cumplir su voluntad. Cristo, Sabiduría de Dios, se hizo pobre para enriquecernos (2 Co 8,9), siervo para hacernos reinar, y finalmente murió para darnos la vida... Él nos indica el camino: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón».

La *delicadeza* es el segundo río que brota del suelo de la humildad. A esta delicadeza Jesús la llama mansedumbre en una de sus bienaventuranzas (Mt 5,4). Tratarlo todo con el mismo espíritu de Dios que se complace y bendice todo y a todos sin dañar nada. Este es el yugo que el espíritu de Jesús pone sobre nosotros cuya carga es ligera.

De esta mansedumbre íntima brota un tercer río que consiste en vivirlo todo con *paciencia*. En la tribulación y el sufrimiento el Señor nos visita invitándonos a ser uno con él en paciencia para que él mismo sea nuestra gloria (Sal 90,15).

El cuarto río de vida humilde es el *abandono de la propia voluntad y de toda búsqueda personal*, que consiste en poner todo lo que somos en manos de Dios llegando a ser en todo lo que hacemos una sola voluntad y una sola libertad con la suya. Este es el contenido mismo de la humildad. De esta manera Dios mismo nos quita el espíritu de temor y nos hace libres.

Dios nos da, entonces, el Espíritu de los elegidos que nos hace gritar con el Hijo: «Abba, Padre» (Rm 8,15). Así con su yugo alcanzamos a un tiempo la humildad y la alegría.

(Beato Juan van Ruysbroeck)

CARGAD CON MI YUGO



Si fuéramos honrados habríamos de reconocer que la Cuaresma está herida de muerte. Ya no existe cuaresma social, pero lo que realmente es preocupante es que apenas si existe en nosotros los cristianos vida cuaresmal, si no es alguna que otra práctica simplona que apenas toca el corazón de nuestras vidas. No hay ayuno verdadero y digno de ese nombre, la oración apenas se implementa y la misericordia queda en el intentar ser buenos sin hacer nada especial. ¿Qué podemos entonces esperar de ella sino nada?

Así nuestra vida espiritual, nuestro ser cristiano no avanza. Quizá debiéramos tomar ejemplo de los atletas que, al acercarse una competición, adaptan a ella su manera de vivir. Pero esto supone un esfuerzo que siempre nos cansa, incluso antes de afrontarlo, y por eso nos dejamos llevar como si ya estuviera todo hecho, como si ya fuéramos lo que tenemos que ser. Y en el colmo de nuestra cara dura, para justificarnos, decimos que ‘Dios nos quiere así’.

Vivir la Cuaresma es aceptar **cargar con el yugo de Jesús**, con su forma de vida en gestos concretos que nos ayuden a dar de sí como discípulos suyos. Te invitamos en este mes a meditar este misterio.

ESQUEMA PARA LA ORACIÓN

1/. Recógete en un sitio tranquilo y pide que el Espíritu guíe tu corazón y tu mente. 2/. Luego lee la reflexión y las indicaciones de uno de los apartados y déjate llevar en diálogo con el Señor. 3/. Permanece en silencio, en atención contemplativa, cuando haya algo que sientas significativo.



La palabra yugo remite siempre a una carga compartida. Son dos los que se unen para soportar el peso del trabajo.

El yugo de Jesús o la carga del amor

Hemos de trabajar con el sudor de nuestra frente y parir con dolor. Hombres y mujeres vivimos una vida en la que la alegría viene envuelta en trabajos y dolores, y que solo ve la luz en un esfuerzo demasiadas veces excesivo que sentimos que nos desborda y nos roba la esperanza de que sirva para algo. Nuestra vida es demasiado frágil y limitada para hacerla fecunda con nuestras solas fuerzas.

A ella, por amor, se ha uncido Cristo, el Hijo de Dios, con su encarnación. Ha cargado con nuestra carne para infundir en ella la esperanza de la gloria y la fuerza del amor. Junto a nosotros trabaja y sufre, se ríe y consuela, y finalmente grita a Dios con fe para que no abandone la obra de sus manos.

→ **Medita:** Cristo ha unido su vida a la mía, Vamos juntos. Mis esfuerzos están habitados por los suyos, mis sufrimientos por su compañía, mi futuro por su gloria. Y dile a tu corazón que reconozca, agradezca y confíe.

En la vida concreta de Jesús, vemos cómo cargar con el yugo de los hombres es para él acercarse y tocar a los leprosos, escuchar a los silenciados, acoger a los pecadores despreciados, percibir el dolor de los enfermos y sanarlos, y anunciar el valor de los pobres despreciados acogidos.

El yugo de los discípulos

"El que no carga mi cruz y me sigue, no puede ser discípulo mío, dice Jesús (Lc 14, 27). Cargar con esta cruz es unirse a su yugo de amor. El Señor nos llama a bajar de nuestro cielo como hizo él (de aquel cielo que todos tenemos y en el que nos escondemos indiferentes buscando conservarlo intacto) para uncirnos al yugo de los trabajos de vida de los que nos rodean. Y ser para ellos compañía, afecto, consuelo, ayuda económica, escucha... de forma que el sudor de su frente se vea acompañado por nuestras fuerzas, y el dolor de su parir la vida se vea confortado por nuestra presencia. Vamos, lo contrario de aquel "que cada palo aguante su vela", tan poco cristiano.

→ **Medita:** Pablo dice que *Jesús, con su pobreza, nos enriqueció*. Haciéndose pobre, débil, frágil como nosotros nos llenó de su riqueza. Es verdad que nuestras vidas son pequeñas, con problemas... pero aun así ¡pueden hacer tanto bien! Quizá un día se pueda decir de nosotros, para alegría del Señor: *siendo pobres nos enriquecimos mutuamente*. Además ya estamos en este camino... ¿no?

Alimentados para tirar unidos de la carga

La vida se alimentan no solo de alimentos físicos. Necesitan la fe y la esperanza. Por eso para los cristianos es fundamental venir una y otra vez al Señor. Cuenta el evangelio de Marcos que en un momento en el que los discípulos estaban entusiasmados con sus fuerzas, sin ser conscientes de su fragilidad interna, les dijo: *Venid conmigo a comer a un lugar apartado* (Mc 6, 31). Hoy también nos lo dice a nosotros. Nos invita a la soledad de la oración personal para hacerse presente y fuerte en nosotros. Nos invita a la oración eucarística común para unarnos y hacerse fuerte en nuestras relaciones... Y hemos de aprovechar pues es tan fácil desfondarse.

→ **Medita** sobre esta invitación y pide saber aprovecharla.

Es evidente que todo esto difícilmente se puede hacer sin una vida de oración seria, sin ayunar de tantas cosas que nos piden nuestros deseos y nos ofrece interesada nuestra sociedad y sin entregarnos a vivir una misericordia concreta para con los que nos necesitan.